

El robo de la CUSTODIA de Las Nieves. - Los Sindicados

Valentin González

El miércoles pasado 28 de agosto, a las dos de la tarde, comenzaron las audiencias públicas del Jurado que fallará de las responsabilidades de los tristemente célebres Valentín González y Antonio Lorente, autores del robo de la custodia de las Nieves en el mes de julio del año de 1916.

El público, que tanto se indignó cuando tuvo conocimiento del sacrilego robo, está bastante interesado en el resultado de tales audiencias; nosotros ofrecemos darle de ellas una relación lo más detallada y precisa que nos sea posible.

Valentín González tiene como defensor al doctor Alberto Sicard y Antonio Lorente al doctor Ernesto Murillo; Ismenia Galindo y Dolores Rincón las dos compañeras de los reos, serán defendidas por el doctor Manuel José Huertas. Agente del Ministerio Público será el doctor Hernando Carrizosa; Juez, el doctor Justo Murillo y Jurados los señores Emiliano Laserna, Ricardo Caballero y Arturo Acosta Soto.

QUIEN ES VALENTIN GONZALEZ

Español de nacimiento: nació en Madrid el día 14 de febrero de 1882. Tiene hoy, por lo tanto, 36 años. Era hijo de un Guardia Civil y su familia se componía de su madre, tres hermanos, y cuatro hermanas; un día el padre recibió orden de trasladarse a Cuba, y hacia aquella isla emprendió viaje con toda la familia cuando Valentín no contaba más que ocho meses de edad. El Guardia Civil y su familia vivieron sucesivamente en las siguientes ciudades: Batabanó, Managua de Cuba, Jagüey Grande, Yabaco, Amarillas, Matanzas y La Habana. Tome usted nota, lector de lo andariego que ha sido desde pequeño Valentín González.

Cuando Valentín comenzaba a concurrir a las escuelas de la Habana,

su padre fue dado de baja en la Guardia Civil, viéndose precisado a regresar a España después de catorce años de ausencia. La familia González, en Madrid, estableció una tienda de aceite y vinos en el barrio de Tetuán, en los Cuatro Caminos, y Valentín, en lugar de dedicarse a continuar los estudios que había iniciado en la Habana, fue desde aquel día el principal dependiente y vendedor de la tal tienda.

Pero señor, ... al poco tiempo se aburrió la familia González en Madrid y resolvió vender la tienda de aceite y vinos y emprender nuevamente viaje a la Habana para fundar en aquella ciudad, en la Calzada del Cerro Calle de Moreno, una nueva tienda de ultramarinos. Al cabo de dos años las hermanas se casaron, y como con alguna de ellas fuéronse los padres a vivir, la familia se disolvió, la tienda de ultramarinos fue vendida y Valentín se vió obligado a colocarse como mecánico en un ingenio de azúcar situado en la jurisdicción de Cienfuegos. Poco tiempo después Valentín González se embarcó en dirección a los Estados Unidos, y en Boston permaneció algunos meses empleado en una fábrica de calzado. De Boston pasó a Méjico, y en la capital de la República azteca permaneció por espacio de cinco años. ¿Haciendo qué? Unas veces cantinero, y otras chauffer, otras vendedor de joyas...

¿Dónde podía ir? Volvió a Cuba y 18 meses permaneció con su familia; se dio allí a la preparación de específicos para curar los callos, para hacer crecer el cabello, para mejorar el cutis y quien sabe cuántas cosas más; vendiendo los tales específicos vino a dar a Panamá, Cartagena, Barranquilla y luego a Bogotá y Chiquinquirá. Cuando regresó de su gira médico-ambulante, por los Departamentos de Cundinamarca y Boyacá, se hospedó en el Hotel Hamburgo.

la playa; en su nieto Teodoro, víctima en el Tonkin de una fiebre. Sólo le queda un hijo, el que luchaba con la mar, en aquellos momentos, sobre el Buena Esperanza y el pequeño Ivonneck, que dormía a su lado.

No! No consistiría que la mar, la miserable, se lo arrebatase también! Ya sabría enseñarlo a odiarla, a ver en ella a la matadora de hombres, enlutadora de esposas, de madres, de hermanas, de hijas...

Un grito de angustia afrancó a la abuela de sus pensamientos.

Era Ivonneck, que en pie, espectral, cerca de la ventana, miraba el océano tempestuoso gritando:

— ¡Papá se ahoga! ¡Papá se ahoga! La abuela trató de calmarlo.

— ¡Es una pesadilla! ¡Duerme tranquilo!

Pero el chiquillo se vistió y sale corriendo de la casa en dirección al faro.

Escala el muro, coge la cuerda de la campana, y toca el toque de a-

Corría el año 1916.

Habría que hablar de la vida de crápula en Bogotá, de los escondrijos del hampa. Nuestros barrios bajos probablemente serán semejantes a los de las grandes ciudades que González habría conocido con todos sus secretos en sus diferentes peregrinaciones por el mundo. Dice él que vagando por las calles llegó un día a la carrera 6.ª, cerca del Puente de Lata, y que al penetrar a una tienda con el objeto de comprar algo encontró una mujer que también juega un papel en este proceso: Ismenia Galindo. Estaba enfermo y ella le ofreció su casa y se brindó a curarle además de suministrarle los alimentos. De un paseo que dio por el Parque de la Independencia germinó la idea del robo sacrilego, consumado con caracteres tan atroces.

Cuando se le pregunta a González en la cárcel por su familia, sus ojos trágicos se humedecen al recordar que allí aún no saben nada de su crimen y que aún le escriben cartas llenas de cariño porque lo creen libre y dedicado al trabajo; él contesta las cartas que le llegan llenándolas de piadosas mentiras.

— ¿Cuáles son sus sentimientos religiosos? le preguntaban. Y él, lleno de sinceridad respondía:

“Soy católico porque fui bautizado en tal religión, que es la de mi familia y la de mi patria, la gloriosa España; sin embargo, nunca me he preocupado de esas cosas ni he practicado tales ritos y tan sólo creo en la existencia de Dios. Si he hecho lo posible por que se me levante la excomunión, ha sido solamente porque nuestros compañeros de prisión, llamándonos ‘excomulgados’, suelen huir de nosotros, y esto aumenta considerablemente las penas que tenemos.”

Se dice que González es muy simpático, charlatán y locuaz, y que

larma, con toda la fuerza de sus bracitos. Y el tremendo rebato despierta la aldea, semejante a un grito lúgubre, seguido de un sollozo.

El guardián del faro acude lleno de sorpresa:

— ¿Qué haces aquí?

— ¡Mi padre se ahoga!

El buen hombre, instintivamente, mira hacia el mar. ¿Qué es lo que ve? Allí abajo, a algunos cientos de metros de la costa, una luz verde que aparece, desaparece, sube y baja, como una boya luminosa sacudida por las olas. ¿Será un barco en riesgo de naufragar?

Los pescadores de la aldea van llegando y botan al agua la canoa de salvamento.

— ¡Iza!

La mar brama siempre y se corona de espuma.

— ¡Iza!

La canoa, empujada por veinte remos, se desliza sobre las olas. Oh, gran Dios! la Luz verde acaba de de-

FOLLETTIN DE «ECO DE ORIENTE»

LA MISERABLE

Por Pablo Margnier

De El Nuevo Tiempo

El pequeño dormióse y la vieja tendióse, a su vez, en el duro lecho que se alzaba en un rincón del cuarto.

Toda la casa temblaba bajo la tempestad.

Los relámpagos rompían la oscuridad pavorosa con su luz livida.

Las olas, sin cesar estremecidas, parecían llorar, aullar, amenazar con el viento.

Y la abuela pensó en todos los que había aguardado, en noches análogas, y que no habían vuelto jamás; en su padre, muerto en Islandia; en su marido, cuyo cadáver arrojaron las olas, una mañana, sobre